

se rebela contra la tiranía, cumple con el más primitivo de sus deberes cívicos: pero la Historia registra con veneración el raro y sublime espectáculo de una familia entera que, con hembras y varones, sin falso alarde, sin visible pena, sin ofensas que vengar ni ambiciones que satisfacer, ofrece y da todo lo que puede para el mejoramiento de sus conciudadanos desvalidos, esclavizados o envilecidos por regímenes cuya existencia, después de treinta y cinco años de falaz promesa, de sangrienta burla, es incompatible con los derechos fundamentales de los hombres completos.

Que se piense bien en esto: ¿Cuál sería la situación presente del país sin la traición de Huerta? Hoy nadie duda de que el cuartelazo del cuádruple consorcio militar o-abarrotero-reyista-felixista habría sido sofocado fácilmente. Encerrados en su ratonera, los dos mil pretorianos hubieran sucumbido bajo el terrible cañoneo de Angeles respaldado por fuerzas cinco veces mayores. La reacción jugaba en él su última carta, pues se había presentado cara al sol, y el Gobierno tenía en sus manos toda la trama de un complot tan torpemente urdido que, la víspera del suceso, varios de mis amigos, simples particulares, se retiraron temprano a sus hogares, y el mismo general Huerta, que se rehusó a "trabajar" para Reyes,—pues posteriormente se ha sabido que aspiraba a la jefatura del movimiento,—el mismo Huerta, a las ocho de la noche del sábado (la víspera) pronunciaba estas palabras en el Café Colón: "estos muchachos van a hacer una... tontería." Orozco y satélites estaban vencidos. El problema morelense habría sido resuelto por la compra y división de las tierras, pues los últimos escrúpulos desaparecieron con la participación de los terratenientes azucareros en el cuartelazo, delito que los señalaba a la vindicta pública. El Ministro de Hacienda había conseguido un fuerte empréstito (250 millones al 5%) y el sistemático obstruccionismo del sena-

do habría concluido con su disolución o su depuración después de la asonada, pues se tenían pruebas de la criminal complicidad de varios senadores influyentes y reconocidos por su inveterado reaccionarismo. Todos los militares desleales, los capitalistas corruptores y los agentes de la reacción en general, periodistas y politicastros, habrían desaparecido si no de este planeta, del territorio nacional por lo menos y sin esperanza de renovar el golpe, pues además de que la administración militar y civil habría sido purificada por la imperiosa exigencia de la opinión ya instruída y desengañada, el advenimiento de Wilson—un espíritu hermano del de Madero—a la Casa Blanca, habría sido una sólida garantía de paz contra las posibles agitaciones reaccionarias en la frontera. La indignación popular habría estallado desde el momento mismo en que se hubieran acallado los cañones de la Ciudadela que tantas víctimas causaron entre los pacíficos habitantes de la Capital. "Cuando los instintos formidables se entrechocan, los problemas políticos se simplifican," dice "Crater". Sobre las ruinas de la reacción, el Gobierno del pueblo se habría erguido más fuerte que nunca, ya no con la maderiana sonrisa en los labios, sino con la severidad del que, habiendo agotado su clemencia y su perdón, según la feliz frase de Carranza, descubre la ingratitud, la perfidia de su enemigo y lo aplasta definitivamente con toda la severidad del castigo, con todo el celo vigilante de sus responsabilidades y la absolución plenaria de su conciencia.

Y Madero, por fin, habría probado que es posible gobernar a la República Mexicana de otra manera que como gobiernan los cafres. México se habría distanciado de Guatemala para conquistarse, poco a poco, el derecho de ser gobernado como el Japón, como Suiza o simplemente como Costa Rica, dejándose sentir en los perfodos futuros la bienhechora influencia, el alto ejemplo de Francisco I. Madero que, adornado de todas las virtudes privadas, ejerció las funciones públicas no cubriéndose de falsa majestad por el oropelesco prestigio de un ceño

adusto, domesticador y tiránico, sino humanizándose, acercándose a su pueblo y sin otra ambición que el cumplimiento estricto de sus deberes y la realización de sus altos y generosos ideales.

Lo peor es que no sólo en el punto de vista de los ideales sino también en el de los intereses (mucho menos inconciliables entonces de lo que se figuraban los capitalistas), la muerte de Madero es irreparable. La reacción asesinó, en su persona, la última posibilidad de conciliación. Carranza es un patriota y un hombre honrado. En tiempos normales, Carranza haría un ideal presidente, pero va á encontrarse con una situación no sólo económicamente precaria, sino complicada. Los criollos que le rodean son hombres nuevos, y si nó debe dudarse de su patriotismo, cuando se han lanzado a la lucha contra un enemigo que no perdona, nada puede aún decirse de su talento porque su gestión revolucionaria es naturalmente discreta, casi secreta, o por lo menos desconocida fuera del radio que gobiernan. Entre los que siguen á Carranza, hay un criollo que ha podido demostrar una individualidad fuerte y neta: Obregón. (Villa, Zapata y Angeles, son mestizos.) Este hombre, según dice el "New York Tribune," es un oficial instruido, el mejor, dice, que hay en México y que se distingue de los otros revolucionarios en que observa las reglas de la guerra civilizada. Obregón comenzó por organizar una fuerza que fué creciendo hasta diez mil hombres, con la cual se movió hacia el Sur y capturó la capital de Sinaloa y atacó a Mazatlán y a Guaymas; operaciones de mérito, dadas las grandes distancias recorridas y lo pequeño del ejército. Según todas las apariencias, Obregón será tan disciplinado y tan subordinado a Carranza como lo fué el heróico Garmendia.

Carranza no tendrá que temer de la plutocracia, ni del ejército federal, ni de la burocracia porque su triunfo — que tendrá que ser radical no sólo por su carácter

y la experiencia adquirida, sino también por el espíritu de intransigencia que domina en los revolucionarios actuales, — su triunfo será completo y tendrá por natural e inmediata consecuencia el aniquilamiento de todas las fuerzas reaccionarias. Como el criollo no ha tomado parte en la contienda o se ha declarado determinadamente por Huerta, sin que pueda invocar en su excusa ni equivocación ni sus tardíos arrepentimientos, Carranza tendrá que gobernar con el mestizo, cuya arrogancia guerrera y escasísima cultura, van a causarle, mucho lo temo, graves disgustos. El ideal de "cooperación de clases" Madero se lo llevó a la tumba. A Carranza le tocará la "lucha de clases" entremezclada con las ambiciones, los rencores y resquemores inseparables del caudillismo que tan bien supo, y ésto se reconocerá algún día, dominar Madero.

Que se me presente el ejemplo de una raza redimida por sí sola, por su solo esfuerzo, sin la influencia protectora de otro pueblo más adelantado o la ayuda de una "élite" de su propio seno formada en superiores civilizaciones. Mi teoría de que el Indio mexicano es perfectible, se apoya en el hecho innegable de que por maldad los unos y por apatía los otros, españoles y criollos, — su conquistador, su hermano — jamás se han ocupado de perfeccionarlo. La "élite" mexicana, mas "representativa" que efectiva, "institucional" por herencia mas nó por propia acción, por propio esfuerzo, jamás se ha preocupado de mejorar la suerte de su hermano menor. Pero debemos reconocer desde luego que este lamentable hecho, esta indiscutible verdad no tiene por origen, — aparte excepciones, como en toda regla — no tiene por origen la mala voluntad del blanco hacia el broncineo, pues por el contrario, el verdadero antagonismo de razas es desconocido en México; sino la apatía, el pasivismo, la cortadad característica del criollo en el esfuerzo, su inconstancia tan efectiva en ideas como en amores.

La clarividencia de Madero solo puede compararse con su idealismo. Su sabia política de "cooperación de clases" (ya he dicho que su política no fracasó, pues la muerte no es un fracaso. Con todo pueden contar los genios, todo puede encerrarse en sus previsiones y en sus cálculos; pero no hay poder humano contra la traición como no lo hay contra la muerte. Si a Bonaparte, en Egipto, lo hubiera traicionado Kléber ¿habríase por esto de considerar como utópica la más bella de sus conquistas? ¿Acaso la muerte de Galileo detuvo el movimiento de la tierra? O en otro punto de vista más semejante, ¿no vino a realizar Lutero lo que costó la vida a Savonerola, quemado vivo en la plaza pública por embaucador y hechicero?) Su sabia política de "cooperación de clases", digo, se fundaba precisamente en la lección de todos los tiempos, en la reflexión de que el principio de la solidaridad entre todos los seres que componen la especie humana y con mucha más razón entre los que nacen y habitan en el mismo suelo, impone a los individuos de superior civilización, indeclinables deberes hacia los infelices que, por su nacimiento u otras razones no menos independientes de su voluntad— pues no debemos olvidar que todos somos hijos de las circunstancias,— se encuentran en un nivel inferior al que ellos ocupan. Estos deberes consisten en calmar sus dolores, en curar sus males, en arrancarlos de sus vicios, en prepararlos para luchar con buenas armas en el terrible combate de la vida, en apreciar justamente su trabajo, en mejorar su condición. Schmoller dice: "Toda reforma social debe elevar el género de vida, el carácter, los conocimientos y la inteligencia de las clases inferiores". Estas simples palabras formulan el ideal de Madero, al mismo tiempo que ofrecen el mejor medio de someter a los hombres a una verdadera disciplina social, engendradora de justicia y de paz.

Para retimir a su pueblo, Madero comprendió que necesitaba la cooperación de todas las clases, no por considerarlo más fácil y más cómodo sino por parecerle in-

dispensable para tan magna empresa. Tendía una mano al rico y con la otra se apoyaba en el pobre. "On ne s'appuie que sur ce qui résiste". La demagogia murmuró inconsciente, ignorante de que nadie se hace por sí solo; pero su murmuración más era provocada por su impaciencia que por su encono. La aristocracia preparó su cuartelazo a la sordina, envenenando la opinión de las clases intermediarias con su campaña de dictorios, de improperios y de pérfidas imputaciones. (1). Pero nada turbó la serenidad de aquella gran alma. Comprendía que la necia campaña moriría por la inconsistencia misma de sus argumentos. El público se fatigaría de verse tan constantemente engañado. La verdad, por ley inexorable, se abriría camino en las conciencias y el triunfo de la verdad sería su propio triunfo. ¡Era tan simple su doctrina! ¿Socialista? No lo era. Llamado a gobernar un pueblo que había hecho una revolución para mejorar su suerte, juzgó sin complicarse que aquel pueblo no había derramado su sangre con el único objeto de encumbrarlo. Necesitaba, ante todo, un gobierno honrado. Como no se puede alumbrar sin luz, ni dormir sin sueño, tampoco se puede tener un gobierno honrado sin hombres honrados. Estos, entre los políticos, escaseaban... como después han seguido escaseando. Él hubiera llamado a los suyos, a los del campo, a los del Norte, pero no sabían "de eso". Su linterna buscó mucho entre aquellos pechos de dictadura y en el criollo, lo mismo que Diógenes, encontró un esclavo. Sin embar-

(1) En todos los países, al través de su historia, cuando todas las clases burguesas cerraban sus oídos al clamor del pueblo, se ha visto siempre a un gremio prestar su generosa ayuda a los movimientos populares: el gremio estudiantil. Más favorecido por la educación, independiente y en plena convivencia con los grandes hechos de la Historia, cuya lectura exalta los sentimientos generosos de su corazón, el estudiante ha fraternizado siempre con aquellos que, teniendo una idea que exponer, un derecho que reclamar o un crimen que castigar, han levantado su viril protesta contra la iniquidad y la opresión. El estudiante de México, al desertar la doctrina maderista, vino a poner una triste excepción y cuando Vasconcelos se los dijo, todo el mundo lo trató de hereje. Caporalizado, sometido, el estudiante de México comenta hoy día, en voz muy baja, el prolongado desastre de la calamidad reaccionaria....

go, necesitaba criollos, pues aquel quince por ciento de sus gobernados eran los únicos que sabían leer y escribir. Fulano había sido científico, pero más tarde, en un banquete dijo: "Yo me hubiera lanzado a la Revolución como Sánchez Azcona, como Vasconcelos, pero nunca creí en el éxito", lo cual daba pobre idea de su sagacidad y más pobre aún de su civismo, pero en fin, denotaba cierta buena voluntad y el presidente lo llamó a su presencia: "Señor licenciado, dicen que tiene usted un gran talento de estadista, que ha sido usted científico, pero no ha dejado de ser patriota. Yo no conozco mucho a los hombres de la política porque me he pasado la vida estudiando, trabajando y predicando. Véngase usted al Ministerio tal". Jefe omnipotente de una revolución favorecida por la opinión pública, había aceptado de Presidente interino de la República a un personaje desconocido, anodino, de intelectualidad poco solvente, pero cuyos modales y pericia de hombre de mundo podían prepararle el terreno para su política conciliadora y humana. El presidente lo traicionó. Uno de sus ministros dijo: "La bala que mate a Madero salvará a la Patria". No obstante, la opinión era tan unánime, tan compacta, que fué llevado a la presidencia, no por un partido sino, puede decirse, por la nación en masa. Su compromiso de "conciliación", contraído en Ciudad Juárez, agravose por este hecho. En los quince meses de su gobierno, cuatro o cinco ministros, elegidos por él, elevados por él, lo traicionaron. Uno por trimestre. Uno se mató en su servicio, pero era pariente de su familia, como otro pariente sin ser ministro ni nada, lo cubrió con su cuerpo el día de la traición y cayó muerto. Era su primo. En los mismos momentos asesinaban a su hermano desorbitándole antes su único ojo. Dos de sus primos habían caído anteriormente bajo las balas del enemigo. Otros dos de sus hermanos, civiles ambos, habían ido también a batirse con Orozco. Tres otros parientes habían ya sucumbido en la pelea. Aquel hombre buscaba hombres honrados y se le presentaban trai-

dores. Los hombres honrados seguían en sus bufetes, en sus carpetas, en sus mostradores, murmurando, murmurando.... El criollo murmuraba, el indio callaba.... pero ya se sabe: hacen más ruido cien que murmuran que cien mil que callan. Corrió el rumor de su caridad, de su benevolencia, y sus antesalas se llenaron nó de hombres honrados que fueran a ofrecerle sus desinteresados servicios, sino de personas que pedían empleo o dinero. Hubo quien solicitara su mediación para que su propietario le bajase la renta.... Casi todos salían decepcionados, murmurando, murmurando.... Y no eran esos los menesterosos que él conocía, aquellos indios de Morelos, alcohólicos y degenerados; aquellos otros de Michoacán con la espalda manchada por el latigazo; aquel yaqui desterrado en Yucatán cuyo recuerdo, al hablar a su tribu, trajo las lágrimas a sus ojos; aquellos de la tierra caliente, comidos y descarnados por el paludismo; aquellos de la tierra fría con el viejo jorongo deshilachado, transparente; aquellos niños de toda la república que tienden la mano al criollo saciado: "Una limosna por el amor de Dios". Nó, no eran aquellos. Era la mujer bonita que, insinuante, pide empleo para el marido "que tiene algunas horas libres"; era el periodista a caza de subvención; el cananero de "última hora" al asedio de una sinecura; el fabricante que pide bayonetas para las huelgas; el proveedor que solicita la preferencia, toda la hampa social, la verdadera hampa, el cáncer moral de aquella patria que él, el elegido, el seleccionado, había soñado libre y feliz en el trabajo reconfortante y honrado, pues no ignoraba que tenía que resolver problemas de una complejidad laberíntica; pero tampoco desconocía que si las capas superiores de la sociedad se encontraban gangrenadas, enfermas de desidia y granjería, si la "colaboración" se convertía en "carga pública", no bastaría un río de oro para saciar aquellas ambiciones en fermento, y se convenció bien pronto de que sus antesalas no le ponían en fecundo contacto con las aspiraciones de su pueblo, sino en estéril y ociosa frecuenta-



nadores de su régimen aportaron también su esfuerzo para la transformación de los sistemas y su evolución hacia el ideal por él concebido. Los González de su tiempo no "gonzaleaban;" sus González no se llamaban Manuel, ni Martín, ni Fernando, ni Obregón; se llamaron González Salas, González Garza (no Galán) Abraham o Guadalupe, y a la orgullosa serie porfiriana que tras de largos años de selección había llegado a lograr un Mucic, un Cahuantzi, un Lamadrid, un Cravioto, un Reyes, un Bandala, un Terrazas, un Redo, un Mercado, un Cárdenas, un Izábal, un Torres, un Rabasa, un Aréchiga, un Pimentel, había podido oponer, en primera prueba siempre rectificable por la experiencia y la buena voluntad, un Carranza, un Bibiano Villarreal, un Pérez Rivera, un Guillén, un Leyva, un Lizardi, un Maytorena, un Cámara Vales, un Riveros, un Rosales, un Gordillo León, un Alamillo, un Fuentes, un Benito Juárez Maza, un doctor Cepeda, un Lugo, un Figueroa, un doctor Silva; y si algunos se portaron con impericia o con póstuma y cobarde ingratitud, como López Portillo (I) y Loyola, el primer ensayo de democracia, el primer esfuerzo de mejoramiento cívico, produjo un resultado muy estimable. No puede decirse, en justicia, que aquella democracia novicia, aquel joven presidente-agricultor, lo hayan hecho peor que la vieja y experta dictadura.

Si la política de "cooperación de clases", única posible después de la transacción de Ciudad Juárez y que tan bien se armonizaba con su patriotismo y la benevolencia de su carácter; si la suave política indispensable en aquel momento histórico no "arrancó de un sólo golpe de mazo, de las garras de los científicos, los resortes de la vida mexicana" como preconizaba el librito tantas veces cita-

(1) Al ascender Huerta al poder, este personaje que la dictadura porfiriana deshonró arrastrando su nombre por el fango, fué el primero en reconocer el nuevo estado de cosas, felicitándose de que "el traidor hubiera nacido en Jalisco"

do; si los antiguos funcionarios porfiristas siguieron sus conocidos procedimientos con corrosivo mal ejemplo, no puede negarse, en cambio, que la influencia del pueblo sobre sus mandatarios llegó a hacerse sentir de manera desconocida hasta entonces y que el ejemplo del Jefe Supremo de la Nación, su franca alianza con las multitudes y sobre todo el cotidiano espectáculo de sus virtudes privadas y públicas, habría llegado a producir, andando el tiempo, sus naturales frutos. Es cosa bien sabida que la causa principal, si no la más visible e inmediata, de las rebeldías populares, es la injusticia. Sometido al Ejecutivo, el Poder Judicial no era bajo la dictadura más que un simple instrumento de despojo y de exacción. El juez de México se llamaba Iñigo, el de Veracruz Dehesa, el de Orizaba, Gómez, el de Río Blanco, Reynaud, pues la Compañía Industrial de Orizaba era tan omnipotente como la San Carlos Copper Co., como la Plantagenesellschaft (perdón!) Triunfo und Porvenir, como la Compañía de Cananéa, como los agentes de Rothschild en el Boleo, como Cueto, Rabasa o Rau en Chiapas; Torres, Terrazas o Almada en el Norte; Molina, Valenzuela o los chuetas mallorquinos del Banco de Tabasco en el Sur. Cada grupo tenía su capatáz, cada caserío su esbirro, cada comarca su árbitro, cada estado su tirano. Y aquel capatáz, aquel esbirro, aquel tirano no eran los servidores del pueblo, sino los agentes de intereses particulares subordinados al despota. La tiranía no era un hombre, sino un sistema pulpolar que tendía sus mil tentáculos por todos los campos de la República. Lo arbitrario, lo atentatorio, lo vejatorio: no se conocía otro método ni otro recurso. El balazo del comandante, el chicotazo del capatáz, el fallo ilegal e infuero, el brutal despojo, la disposición caprichosa, la despiadada consigna, todo inapelable, todo impune. El bueno cedía al malvado y el malvado se acogía al despota. Apenas si hubo mexicano que no tuviera de que quejarse. Los funcionarios, indolentes y apáticos para todo, sólo se mostraban diligentes y aun violentos cuando se trataba de vulnerar un

derecho, de imponer una injusticia, pues entonces, la orden venía "de arriba" y el celo oficial se desplegaba imperioso, sin estorbos, sin protestas. ¿A qué pintar ociosamente lo que todo el mundo conoce? . . . Un capitalismo corruptor, un funcionarismo corrompido y un incivismo palpable, "plástico," metido en el cerebro de todos los criollos desorientados por aquel prolongado cautiverio de sus conciencias. Tal fué la triste herencia que Madero recogió de la Dictadura.

Ahora bien, ¿En qué medida logró corregir aquel estado de cosas? Nadie que goce del uso pleno de su razón, puede pretender que se transforme un país en quince meses después de cuatro siglos de esclavitud y treinta y cinco años de dictadura que estragó el sentido moral y prostituyendo a la justicia. Madero quería jueces honrados y comenzó por emanciparlos devolviendo al poder judicial el pleno ejercicio de su soberanía. No pretendió, seguramente, que desde el primer intento vinieran a gobernarlos y a juzgarnos angelitos color de rosa directamente importados del paraíso, cuidadosamente empaquetados en algodoadas y níveas nubes, no; pero sí quería hombres honrados en un sentido humano y "posible." Y tuvimos algunos, no obstante la incansable rebelión—franca o hipócrita—de los enemigos de su sistema. Durante los quince meses de su gobierno, la independencia del poder judicial fué efectiva. Empezó por abolir la "consigna," la "tarjeta." En "El País" del 26 de Septiembre de 1913 puede verse la siguiente declaración del diputado Moheno: "CUANDO GOBERNABA EL SEÑOR MADERO, EL PODER JUDICIAL RECOBRE SU INDEPENDENCIA, LA QUE VOLVIO A PERDER POR COMPLETO AL ASUMIR LA CARTERA EL LICENCIADO REYES. LA SUPREMA CORTE ES ME NOS RESPETADA AHORA QUE UN JUZGADO DE PAZ. EL LICENCIADO REYES DEBIO HABERNOS DICHO COMO HA DIGNIFICADO A LA JUSTICIA QUE HOY ES TAN ASQUEROSA COMO EN TIEMPOS DE LA DICTADURA PORFIRIANA." He allí a Díaz,

a Madero y a Huerta, juzgados por el "factotum" de la reacción en un convulsivo espasmo de colérica sinceridad! Y no citamos su testimonio con alegría ni orgullo... Cuando semejantes hombres entran en la verdad, dan ganas de salirse de ella. (1).

De Madero puede decirse lo que Humboldt de Lamartine: "Un cometa cuya órbita no ha podido calcularse aún." ¡Cuán pocos son, en efecto, los contemporáneos del Apóstol capaces de abrazar con la mirada todo el curso del astro! En cualquier lugar en que me encuentre, experimentando nuevas sensaciones, frente a la gran ola de Biarritz o en la cima del Pirineo; sobre las colinas del Languedoc que bajo el peso de ciento treinta mil hombres en plena maniobra, al estruendo de la metralla y el cañón parecen ajorobarse, sumergirse; en New-York, en Málaga, en Costa-Rica, en todas partes, la sombra del gran incomprendido parece buscar, en mi espíritu, un pensamiento que jamás le niego. La gran sombra, cada vez, aparece más blanca y más luminosa y pienso con fuerza que un día devorará el horizonte; que lo que pareció quimera, trocarse en realidad; que el que vió el porvenir, será vengado por el porvenir; que el hombre de los presentimientos y los presagios será vengado por los acontecimientos; que el que con su esfuerzo, su optimismo, su sacrificio idealizó la primera revolución, será reconocido como el más grande obrero de la revolución definitiva, porque su grito sublime habrá repercutido en

(1) La vergüenza de los más encarnizados enemigos de Madero no es bastante fuerte para enmudecerlos. El periódico "La Nación" del 5 de Noviembre de 1913 se refiere al Apóstol-Presidente en los siguientes términos: "Un día esos Tigelinos (así llama "La Nación" a los amigos del Apóstol) se le acercaron para pedirle una gracia: "Que se amordazara a la prensa: que suspendiera "El Mañana" y que se castigara duramente a los que esos adúladores llamaban libelistas." D. Francisco I. Madero, con su habitual sonrisa, les contestó: "Muéstranme la ley que me autorice a obrar de esa manera." Y como ésta no existía y no obstante acabaran sus consejeros amenazándole con el derrumbamiento de su poder, contestó aquel hombrecito, a veces grande, a veces pequeño, siempre incomprendible: "Prefero hundirme con la ley a sostenerme sin ella."

los grandes montes pelados del Norte, como en las altas y frondosas cimas del Sur....

Terrible drama! Se concibe algo más trágico que ésta oposición al más perfecto de los hombres, de todos los hombres de su tiempo? Pero no importa. Cuál de los grandes reformadores ha sido comprendido por sus contemporáneos? Cristo, Galileo, Sócrates, Savonarola... Aun hoy día, dos siglos después de Voltaire, el profesor Thalamas afirma que Juana de Arco era una prostituta, una "fille a soldats". Cuál es el hombre capaz de realizar en este planeta todo su sueño? Inconcluida, la obra de Madero, como trunca la vasta epopeya que llevaba en su enorme corazón. Pero está indicada y basta. Si su obra, como su vida, fué efímera, deja algo que, en la gran gradación del tiempo, contiene esta cosa sublime: el Ejemplo. El ejemplo de vivir y morir en una idea fraternal y humana. El hombre que luchó intrépido contra los furiosos de la reacción sin emplear en un país de arbitrario y de chicana ni chicana ni arbitrario; el que levantó su voz sincera y entusiasta para emprender un combate sobrehumano, realizó la más gloriosa de las ascensiones: *Apostolado, Insurrección, Triunfo, Martirio*. Estamos, los de su tiempo, más inclinados a pesar los inconvenientes que los beneficios; pero para aquellos que supimos comprenderlo, el espectáculo de esa muerte venida de un golpe para llevarse ese gran polvo, si llena de lágrimas nuestros ojos, pone en nuestro corazón al propio tiempo, en nuestro corazón abierto a la decepción y al hastío, esa flama que es esencia, es flor, es vida: la Fé. Y qué es lo que todo esto nos inspira? Poesía? Filosofía? Política? Quién sabe! Sólo sé que aquel hombre fué sincero y fué bueno y fué justo. Sólo sé que vió lo que los demás no vieron. Sólo sé que si se le hubiera escuchado, si se le hubiera creído, si no se le hubiera traicionado, se nos habrían ahorrado grandes desgracias, y que México, esa gran "hacienda" hirsuta y salvaje, estaría hoy en lenta, pero segura evolución política, económica y social.



Aquí está, presente en mi memoria. Estamos en Orizaba. El propietario del Hotel de Francia, señor Leroy, le dice en francés: "el Jefe político mandó avisar que si usted dice algo que nó le agrada, lo mete en la cárcel". Y el hombrecillo aquel, sin inmutarse, extendiendo los brazos a lo largo de su cuerpo, con gesto de resignación, le contesta tranquilamente: "Qué hemos de hacer...." Media hora después, aquel extraño propagandista salía al balcón, presentándose ante un auditorio que llenaba la ancha Calle Real: "estamos gobernados por hombres que tienen manchadas las manos con la sangre de nuestros hermanos.... acuérdense del (fecha de los fusilamiento de Rio Blanco).... estamos gobernados por asesinos...."

Creí que no acabaría de pronunciar la terrible palabra, —pues el Jefe político Gómez, el Jefe de la policía y varios personajes del gobierno se habían instalado en el cuarto contiguo— pero el hombrecillo, imperturbable, seguía hablando terriblemente, refiriéndose sin ambages, al Dictador cuya caída reclamaba. Le veo, le tengo presente en la memoria.... Su semblante no tiene una arruga, ni sus ojos, sus hermosos ojos llenos de luz, una sombra de odio. Este hombre habla infatigablemente, habla como respira, convencido de necesario, de imperioso proselitismo. Habla sin retórica, pero tampoco esto lo turba. Su valor va hasta afrontar la crítica, porque sabe que es necesario y además comprende que dice lo que quiere y se le escucha con recogimiento. Su gesto es corto y rápido, (1). Los "pelados", única clase

(1) De todos nuestros oradores, Madero es quizá el único que jamás preparó sus discursos o por lo menos que no abusó de citas de autores ni plagió sus frases o pensamientos. La perfecta sinceridad del Apóstol no fué la menos hermosa de sus virtudes. En México, es bien sabido que para alcanzar prestigio ante los semi-civilizados que forman la masa criolla, la apariencia, la actitud y otras boberías bastante fáciles de adoptar por el imbécil más rudimentario, son elementos tan seguros de éxito como hablarles de lo que no entienden. Nada se parece tanto en la actitud a un hombre que piensa como un hombre que no piensa: como nada está más al alcance del más vulgar chupucero de ideas que la pluma de un mercenario o el estante de su biblioteca.



que "escucha" en México, siguen escuchando ávidamente. Qué dice para que se le escuche así? Ofrece el cielo? la luna? la parcelación de las tierras, como tanto se dijo más tarde? el aumento de los salarios? o quizás censura a los opresores, a los patrones, a los ricos? Ofrece la reducción de los impuestos? Nada de esto. Tampoco habla de la virgen ni de los curas. Absoluto es su respeto a la opinión religiosa o política. Como era esta la primera vez que lo veía dirigirse al pueblo; como por otra parte, conozco los recursos y procedimientos oratorios de nuestros demócratas mexicanos, franceses, americanos y también he oído hablar a españoles, aquella manera tan original, "tan nueva" de buscar prosélitos sin ditirambo, sin propósito de atraer el aplauso, sin emplear la vieja fraseología de seguro efecto, me causó profunda sorpresa. Tampoco habla de religión ni de clases. Su idea es puramente política. Para él, en la libertad está todo. Con la libertad se tendrá todo. En ese capítulo está el de cuerpo entero: "resistir, reprimir, no basta. Es necesario que tengamos un gobierno surgido de la voluntad del pueblo. Lo que los gobiernos necesitan es merecer la confianza de la nación y tener fé en el pueblo, el amor del pueblo, el celo de la felicidad de las masas".

Tan extraordinario orador para nada se preocupa de adular a su auditorio. Por el contrario, el moralista surge a cada instante y le dice que esa libertad, hay que prepararse a merecerla. Muchos meses más tarde, en Monterrey, en el momento de las elecciones que lo elevaron a la presidencia, se dirigía al pueblo en los siguientes términos: "La suerte de ustedes no se mejorará nunca por la voluntad exclusiva de los gobiernos, sino sobre todo por la voluntad de ustedes. El deber de los gobiernos es instruirlos, pero ustedes deben aprender a conocer sus deberes antes de merecer el ejercicio de sus derechos.... Es preciso que lleven a sus mujeres todo su salario.... que no se emborrachen. Nuestro pueblo es uno de los más alcoholizados de la tierra y esto es